

Los ciclos coyunturales de la narrativa folclórica. Los chistes de Franco

The temporary cycles of the folkloric narrative. The jokes about Franco

Anselmo SÁNCHEZ FERRA
*Sociedad Murciana de Antropología **

Resumen: El repertorio narrativo folclórico de una comunidad contiene relatos tradicionales, vinculados con valores universales y relaciones sociales y modelos económicos de largo recorrido histórico, y ciclos narrativos coyunturales relacionados con hechos más efímeros, como es el caso de los chistes políticos sobre un régimen y su gobernante. Este artículo reflexiona sobre la labor del folclorista y examina el ciclo de los chistes de Franco.

Palabras clave: Chistes, Franco, ciclos narrativos coyunturales, cuento folclórico.

Abstract: The folkloric narrative repertoire of a community contains traditional tales which are linked to universal values, social relationships and economic models of a long historical trajectory. This repertoire also contains temporary narrative cycles related to more ephemeral facts such as the political jokes about a regime and its ruler. This article reflects on the folklorist's work and examines the cycle of the jokes about Franco.

Key words: Humour; jokes, Franco; temporary narrative cycles; folk tales.

Recibido: 15 de mayo de 2016. Aceptado: 5 de julio de 2016.

* Anselmo Sánchez Ferra es autor de *Camándula. (El cuento popular en Torre Pacheco)*, RMA nº 5 (1998); *El cuento folclórico en Cartagena*, RMA nº 17 (2010) y *El cuento folclórico en Lorca*, RMA nº 20 (2013) y nº 21(2014). Email: anselmosf06@yahoo.es.

*Quizá la tarea del que ama a los hombres
consista en lograr que estos se rían de la verdad,
lograr que la verdad ría, porque
la única verdad consiste en aprender a
liberarnos de la insana pasión por la verdad.*

Umberto Eco

1. INTRODUCCIÓN

La clasificación tipológica creada por Anti Aarne a principios del siglo XX, posteriormente revisada y ampliada por Stith Thompson y H. J. Uther, ha provisto a los folkloristas de una formidable herramienta taxonómica, fundamental para disponer de un esquema que permita establecer un orden en la voluminosa masa de materiales que el trabajo de campo de esos investigadores han ido reuniendo a lo largo de dos siglos.

El Catálogo Tipológico parece responder implícitamente al interrogante respecto a qué sea el cuento folklórico, pues sin duda son cuentos folklóricos todas las narraciones cuyos argumentos se corresponden con los tipos registrados en este amplio vademécum que incluye más de dos mil entradas. Esta contribución tan necesaria puede haber generado, sin embargo, efectos contraproducentes para la investigación porque, de alguna manera podemos considerar que el catálogo ATU no solo ordena sino que establece de hecho un canon que mediatiza también los criterios de los recolectores de forma que el recopilador, y buena parte de las colecciones de narrativa folclórica así lo demuestran, tiende a recoger las versiones de los tipos narrativos consignados en ATU, y solo con muchos escrúpulos, y más raramente, da cabida a las narraciones que allí no aparecen. Al respecto confieso que esta reflexión no la formulo pensando solo en lo que hacen otros, sino revisando mis propios prejuicios y en qué medida han condicionado mi trabajo de campo.

La estructura clasificatoria de ATU, tras la actualización llevada a cabo por H. J. Uther, agrupa la narrativa folclórica en siete grandes capítulos: cuentos de animales, de magia o encantamiento, religiosos, realistas (novelas), los del ogro estúpido, anécdotas y chistes y cuentos de fórmula. Aún admitiendo que los relatos de animales y los que incluyen elementos fantásticos –los mágicos y religiosos–, puedan constituir corpus relativamente cerrados en los que el flujo de la oralidad no introduce sino variaciones sobre los argumentos conocidos, esta consideración difícilmente puede mantenerse respecto al capítulo de chistes y anécdotas que, sin embargo, se compone igualmente de un cierto número cerrado de subcapítulos y temas sin los que no será posible aspirar a entender la realidad de lo que significa el fenómeno del cuento folclórico.

Sin duda que hay un fondo de verdad que justifica en parte la consagración canónica de la clasificación del catálogo. Las historias de tontos, las de sabios y pícaros, las de matrimonios, los cuentos sobre mujeres y los relatos de curas, contienen argumentos que se vuelven tradicionales y perduran en el tiempo porque se ocupan de temas universales y porque se corresponden con valores y conflictos propios de contextos culturales que evolucionan muy lentamente, como los que representan las sociedades rurales europeas, y reproducen situaciones perfectamente reconocibles en el ámbito campesino en el que, con variaciones más o menos profundas, se mantiene un modelo de relaciones humanas que remonta al Neolítico.

Pero mal podremos comprender lo que significa la narrativa oral si no advertimos que junto a esa masa de relatos tras-temporales existe, en cada momento histórico, una porción de argumentos que constituyen ciclos más coyunturales, sujetos a circunstancias históricas más o menos duraderas pero en cualquier caso más efímeras que aquellas con las que se asocian los cuentos folclóricos tradicionales. Son la parte dinámica de este fenómeno, la que testimonia el vínculo entre el folclore y la realidad, la capacidad del folclore para responder, mejor, para interactuar con la contingencia. En tiempos relativamente recientes los historiadores y, cómo no, sociólogos y antropólogos, han caído en la cuenta de la trascendencia de estas fuentes para la comprensión más correcta de los hechos asociados.¹

Esos ciclos coyunturales no han sido sino la reacción popular a hechos culturales que durante un tiempo fueron relevantes en el contexto en el que los chistes han surgido, y nada hay en ellos, por muy vulgares o contemporáneos que parezcan, que contradiga su condición de relato folclórico, ni por lo que hace a su autoría, ni por la forma en que se divulga, ni nada tampoco que los distinga funcionalmente.

Resulta relativamente fácil comprobar la existencia de estos ciclos en el pasado si examinamos, por ejemplo, la documentación relativa a los siglos XVI y XVII en España. Las compilaciones del Siglo de Oro, como la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz,² acogen colecciones muy nutridas de relatos que suelen etiquetarse como cuentos de fuente erudita pero, sin duda, muchos de ellos son

1 En este sentido es fundamental leer la introducción de Marjolein T HART al volumen *Humour and Social Protest*, suplemento núm. 15 de *International Review of Social History*, Cambridge University Press, 2008. Se trata de un libro indispensable en el que los distintos trabajos que lo componen plantean, según Hart, en qué condiciones la risa puede servir a la causa de los que protestan contra el orden establecido, en qué medida fortalece la protesta y hasta qué punto el humor ha sido una herramienta eficaz en los contenciosos sociales. Y, por supuesto, hay que conocer la obra del profesor Christie Davis, a la que nos referiremos en el artículo.

2 Melchor de SANTA CRUZ: *Floresta Española*, edición de Maximiliano Cabañas, Ed. Cátedra, Madrid 1996.

de naturaleza folclórica y no se contaron solo en ambientes cortesanos sino que probablemente tuvieron gran difusión entre el vulgo. Precisamente entre los de este extraordinario acervo hallamos no pocos argumentos relacionados con el problema de la convivencia de las minorías étnico-religiosas, en especial la judía, en los que la risa surge del tratamiento burlesco que se presta a diferentes aspectos de las creencias y las costumbres de los sefardíes, con frecuencia planteado como veladas acusaciones que ejerce un cristiano viejo sobre el cripto-judío sugiriendo que este mantiene la prescripción de guardar el sábadó o la prohibición de comer cerdo, o viene provocada por el reconocimiento expreso hecho por un sefardí de la culpa colectiva que arrastra la comunidad por su implicación en la muerte de Cristo.³ Si, como convienen los especialistas, utilizamos como indicio de su origen o al menos de su conversión en relato folclórico, el registro de variantes literarias de un mismo argumento, nos valdrá como ejemplo la historieta que Santa Cruz ofrece con un breve desarrollo en la que dos litigantes se acusan mutuamente de ser judíos, uno acercándole al otro una lonja de tocino y este aproximándole el tocino extendido sobre las patas de un capón, con lo que vuelve más ofensivo el agravio.⁴ Pocos años antes Joan Timoneda publicaba un ejemplar un poco más elaborado en el que se enfrentan un soldado que mercedeaba con sus favores sexuales y el sospechoso de judaizar; este alude a la condición del soldado colocando ante sus narices la rabadilla de una gallina y aquel responde desplegando la lonja de tocino frente a su rival.⁵

Otro tema que generó abundante narrativa folclórica fue el de las circunstancias relacionadas con la aplicación de la pena capital y los castigos físicos con los que en el pasado se sancionaban la mayoría de los delitos. Un despliegue de ingenioso y despiadado humor negro se manifestó en los argumentos que se nutrían de las observaciones extemporáneas del reo que va a ser ejecutado y se ocupa de nimiedades, como el acabado de una obra, o que manifiesta melindres porque está sucio el serón en el que va a ser arrastrado hasta la muerte, o porque lleva espuma el vino que bebe momentos antes de ser ahorcado; y los que hacían proclama de dignidad en situaciones que volvían ridícula su reivindicación. Otros partían de la falta de sentido de la realidad del condenado que, por ejemplo, se comprometía a saldar deudas a la vuelta del patíbulo. Los había que trataban de los comentarios chuscos entre el reo y el confesor o entre el reo y el verdugo y los que se producían entre parejas, generalmente cónyuges, en ocasiones semejantes, como

3 *Ibid.*, Séptima parte, Capítulo III, De motejar de linaje, pp. 427 a 435.

4 *Ibid.*, XV, núm. [689].

5 Joan TIMONEDA: *El Sobremesa y alivio de caminantes*, Primera parte, edición de Pilar Cuartero y Maxime Chevalier, Ed. Espasa Calpe, Madrid 1990, núm. 56.

el de la mujer que acompañaba al marido que iba a ser ejecutado y viendo que este se entretenía dándole conversación, le exhortaba: «¡Hablando y andando, marido, a la horca!».⁶ No faltaban los que giraban en torno a los comentarios de los asistentes a las ejecuciones y, por supuesto, los que se centraban en las acciones y reflexiones del verdugo, de todos los cuales también encontramos un buen repertorio en la colección de Santa Cruz.⁷

La existencia de estos ciclos está ligada a la vigencia de los fenómenos con los que se relacionan. Si su presencia es un indicador que denuncia la importancia social del asunto generador de los chistes, su desaparición es reveladora también de que este ha dejado de estar presente en la conciencia colectiva en virtud de la evolución que experimentan las relaciones humanas y las instituciones que las regulan y, en el caso del ciclo dedicado a los judíos, seguramente una prueba de la eficacia con la que el aparato represivo de la Inquisición liquidó la resistencia de esta comunidad y suprimió sus intentos de preservar una identidad ni siquiera en la clandestinidad.⁸

En nuestros días el fenómeno de la inmigración ha producido una abundante cantidad de chistes repletos de tópicos xenófobos y racistas, con una carga de violencia y crueldad que los convierte en un material muy incómodo para trabajarlo con perspectiva científica, porque resulta casi imposible vencer los escrúpulos que generan esos relatos en conciencias no precisamente mojigatas. Sin embargo alguna vez habrá de abordarse esa tarea que nos enfrentará con un ciclo narrativo difundido sobre todo en los años que median entre el principio de este siglo y el estallido de la crisis económica con la que se redujo el atractivo de España para los extranjeros que buscan un futuro alternativo; son decenas de relatos protagonizados por «moros», «sudacas» y negros que se convierten en claros indicadores de que los pueblos mediterráneos, enfrentados al problema de la convivencia con otros grupos étnicos, tienden a desarrollar actitudes no muy diferentes a las que en otro tiempo censuraban en los anglosajones y cuestionan el pretendido carácter antirracista de los europeos meridionales y particularmente de los españoles.

6 Probablemente es un indicador de su popularidad la frecuencia con que lo encontramos recogido en la literatura de la época: lo reproduce Joan TIMONEDA: *El Sobremesa y alivio de caminantes*, núm. 20; Juan de MAL LARA: *Philosophía Vulgar* [1566], ed. Fundación José Antonio de Castro, Madrid 1996, Primera parte, Centuria III, p. 346; Gonzalo CORREAS: *Vocabulario de Refranes* [1627], Ed. Castalia, Madrid, 2000, p. 373. Y ya en el siglo XIX Rafael BOIRA: *El libro de los chistes*, Madrid 1862: III, p. 288.

7 Melchor de SANTA CRUZ: *Op. cit.*, Cuarta parte, Capítulo VI, De justiciados, pp. 299 a 304.

8 Precisamente estoy preparando una recopilación antológica de los cuentos de ambas temáticas, rastreando la literatura de los siglos XVI y XVII que espero permita tener una visión más ajustada del tema.

Los chistes de Franco conforman uno de estos ciclos coyunturales surgido a raíz de una experiencia histórica que, desde la perspectiva popular, aparece condensada en la figura del hombre que durante un largo período de tiempo acumuló el protagonismo y el poder y, de manera significativa, proclamó que su responsabilidad solo podría valorarla Dios y la Historia. Es inevitable que ante semejante posicionamiento del individuo reivindicador de tanta trascendencia, el colectivo social responda con fórmulas de aceptación o de rechazo y en esta dinámica es donde debemos encajar el fenómeno de los chistes de Franco.

2. LA BIBLIOGRAFÍA

Sin duda el estudio más importante sobre el tema es el que publica PGarcía poco después del fallecimiento del dictador.⁹ PGarcía es el seudónimo de José García Martínez-Calín, destacado representante del humorismo literario de la segunda mitad del siglo XX y uno de los fundadores de la revista *Interviú*, hito en la historia de la prensa en nuestro país. La contribución de García es pionera, no solo en España sino en el panorama internacional en el que solo en las últimas dos décadas de la centuria pasada se ha despertado el interés entre los historiadores por las mentalidades y las emociones, inspirado por las corrientes actuales de la antropología cultural y en particular por la influencia de Clifford Geertz.¹⁰

García dedica el primer capítulo de su libro a cuestiones teóricas en torno al chiste, como la definición, los elementos que lo componen y los que lo vuelven eficaz, para lo que echa mano de la obra de Freud¹¹ y sigue la clasificación que este propone dividiéndolos en hostiles u obscenos, en función de la tendencia que el chiste manifiesta, y conviniendo con Marcuse que este producto, en la medida que se burla de los condicionamientos represivos libera emociones pero no modifica la situación exterior, por lo que puede ser que quien es objeto de la burla la tolere para aprovechar en beneficio propio la conformidad que produce en los que la practican.

En el capítulo inicial valora también el fenómeno de los chistes de Franco asegurando que, durante los cuarenta años del régimen, fueron más numerosos que los obscenos o los que se emplean como dicitos contra colectivos regionales o étnicos, justificando su proliferación en una combinación de razones psicológicas y políticas, sin que se atreva a concluir decididamente que responden a la animadversión del pueblo hacia Franco.

9 PGARCÍA: *Los chistes de Franco*, Ed. 99, Madrid, abril 1977.

10 Marjolein't HART: *Op. cit.*, pp. 1-20.

11 Sigmund FREUD: *El chiste y su relación con el inconsciente* (cita por la traducción de Alianza Editorial, Madrid 1969).

García admite que alguno de los argumentos de estos relatos pueden haber reciclado materiales previamente atribuidos a otros personajes y entiende que, de la misma manera, los chistes de Franco pueden haber migrado para cambiar de protagonista en otros contextos; sin embargo estima que el grueso de los chistes sobre el Caudillo eran tan genuinos que difícilmente facilitarían ese «trasvase».

Observa atinadamente la singularidad que supone el que los chistes no aprovechan aquellos rasgos físicos de Franco que bien los podrían haber alimentado, como su estatura, su voz atiplada o su abdomen voluminoso. En este sentido, y trayendo a colación a Bergson, subraya que la comicidad de las historietas sobre el Generalísimo estriba más frecuentemente en los rasgos de su dimensión personal, reales o atribuidos, como la rigidez de su carácter, su impenetrabilidad, la actitud elusiva respecto a las emociones, el puritanismo, su sentido del humor (el autor habla de «una ironía galaica elemental»), su capacidad para esquivar la concreción, su aversión a la política y su reserva respecto a los intelectuales e incluso el interés por el dinero. Un poco más adelante completa este cuadro poniendo de relieve que no hay tampoco chistes de Franco que destaquen alguna condición favorable del personaje (su ingenio, por ejemplo), y que son pocos los de temática obscena, en tanto que los más numerosos son aquellos que inciden sobre su ambición de poder, su voluntad de permanecer en el mando y el correspondiente anhelo de que desapareciera que generaba en los españoles.

En cuanto a la clasificación del material, García opta por un criterio temático y no cronológico, del que resultan los siguientes agrupamientos: Años del hambre, donde incluye los chistes que aluden a la difícil situación económica de la posguerra; la Francolatría, con los que tienen por tema la adulación; siguen los argumentos que giran sobre inauguraciones y discursos, los que se refieren a su larga permanencia al frente del Estado, los pocos que tienen que ver con la política exterior del Régimen, algunos sobre su vida familiar y los aún más escasos sobre su vida erótica. En el capítulo 7 aparecen todos los que imaginan las postrimerías del Caudillo, poniéndolo ya a las puertas del Infierno o de la Gloria o en la tesitura de hacer frente al Juicio Final; en el 8 se encuentran los que se cimantan en la desmesurada ambición que le atribuían, concibiendo situaciones delirantes como que le fuera concedido el premio Nobel de la Paz o el de Física, que se le otorgase el pontificado y hasta que llegase a ocupar el puesto de Dios. Cierra el volumen un cajón de sastre que reúne los chistes que no encajan en las categorías precedentes y dos curiosidades, un chiste de Franco que fue contado a Franco por su hermana Pilar y uno contado por el propio Franco. En este último el general recurría a la sabiduría de Secundino Gallego, popular concursante del programa televisivo «Un millón para el mejor» en el que este había exhibido sus extraordinarios conocimientos sobre las aves, para que identifique la clase de pájaros que acompañan el gobierno que acababa de constituir.

Una secuela de *Los chistes de Franco* es el artículo firmado por Ana María Vígara Tauste y el propio PGarcía en el que se revisa el papel del chiste en la época franquista. Se detiene en examinar la proliferación de los de temática sexual, que considera una respuesta a la represión impuesta por la acción combinada de la Iglesia y el Estado y reflejo de los valores y de las contradicciones de la sociedad en la que se desarrollaron. Por último se ocupa de los chistes políticos sobre Franco y comenta algunos de los que se encuentran en la antología de García, concluyendo que obraron como «catarsis más o menos lúdica» de las secuelas derivadas del régimen, y no pasaron de ser un «rechazo humorístico a la presión efectiva de la dictadura», pero no propiamente una manifestación subversiva, habida cuenta, dicen los autores, de que el pueblo estaba a favor o por lo menos se resignaba con la situación.¹²

Gabriel Cardona, fundador de la Unión Militar Democrática, ha publicado un ensayo sobre el humor durante la dictadura del general Franco.¹³ No es exactamente una colección de relatos sino una revisión de distintos aspectos humorísticos que se derivaron de los temas socialmente relevantes en la época. Su incursión retrospectiva sobre las raíces del humor político en España arranca del siglo XIX, refiriéndose a las psicalípticas ilustraciones con las que los hermanos Becquer fustigaron los comportamientos inmorales de la reina Isabel II; glosa las figuras del caricaturista Luí Bagaría y del humorista Ramper; consigna brevemente las manifestaciones del humor en los dos bandos enfrentados durante la Guerra Civil y dedica varias páginas a glosar en negativo la figura de Franco, al que describe como un personaje mediocre, oportunista, ambicioso, calculador, pretencioso y de una destacada indigencia cultural. En el texto el autor intercala diecinueve chistes protagonizados por el Generalísimo, algunos versiones de los recogidos en la colección de García.

3. EL CHISTE FENÓMENO SOCIAL

El estudio del chiste desde perspectivas científicas es asunto bastante reciente. El título más destacado de la producción de C. Davies, uno de los principales especialistas, *Ethnic Humor around The World*, fue publicado en 1990 y sus primeros trabajos arrancan de una fecha próxima al inicio del último cuarto del siglo

12 Ana María VIGARA TAUSTE & PGARCÍA: «Sexo, política y subversión. El chiste popular en la época franquista», *clacCÍRCULO de Lingüística Aplicada a la Comunicación*, Departamento de Filología Española, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, 2006, n° 27, pp. 7-25.

13 G. CARDONA: *Cuando nos reíamos de miedo*, Ed. Destino, Barcelona, 2010.

XX. Es imprescindible la lectura de la obra del profesor Davies, paradójicamente forjada a fuerza de tomarse los chistes muy en serio, y especialmente conviene entretenerse en la introducción a una de las más recientemente publicadas, *Jokes and Targets*, donde define el chiste como una narración que provoca la risa gracias al brusco y sorprendente cambio de sentido que experimenta el argumento del relato en su desenlace y que se condensa en la «punch line», la línea decisiva. El hecho de que ese segundo sentido desafíe muchas veces las convenciones sociales poniendo en suspenso las inhibiciones diarias, unido a que el acto de narrarlos y escucharlos sea un gesto que promueve la sociabilidad, convierte al chiste en un instrumento delicado, máxime cuando es imposible aplicar desde el poder filtros que lo domestiquen o que lo neutralicen.

En relación con el tema de fondo de este artículo, Davies se refiere a los ciclos de chistes que circulan en tiempo y lugar determinados, cuya existencia está condicionada por las contradicciones vigentes en cada modelo social y considera que para explicarlos es necesario evaluar los que pudieran haberse contado y sin embargo están ausentes.¹⁴

El profesor Davies se ha ocupado también de analizar los chistes políticos, en concreto el, al parecer, muy abundante repertorio de relatos bufos que proliferaron en la URSS y en todos los países del Este de Europa en los que se implantó el comunismo y que se burlaban no solo de los líderes sino de todo el sistema y hasta de la ideología en la que se sustentaba.

¿Son los chistes una forma de expresar la protesta? Algunas de las consideraciones que realiza sobre ese material pueden tenerse en cuenta en el contexto de la sociedad española durante el Franquismo, por ejemplo, la distinción de dos etapas en cualquier dictadura, la que llama «tiempo del terror» y la de la «opresión rutinaria», caracterizadas por la diferente intensidad en la represión y, en consecuencia, por la reducción-proliferación del número de chistes políticos. Para Davies es claro que la relación entre la represión y la generación de chistes no se encuentra en la intensidad sino en la extensión del control que pretende imponer el poder a lo material y a lo ideológico, exigiendo incluso la colaboración activa de la población.

Respecto a lo que representan, algunos investigadores creen que los chistes actúan más bien como válvula de escape de las tensiones generadas, y como son inocuos resultan útiles para la supervivencia del régimen. En este sentido, Davies los relaciona con los carnavales medievales, que mostraban la antítesis del orden social vigente y en realidad contribuían a reforzarlo, aunque advierte que la com-

14 C. DAVIES: *Jokes and Targets*, Indiana University Press 2011, pp. 1-19.

placencia del poder con estos mecanismos depende del grado de legitimidad que goza el orden social y que la permisibilidad es mucho menor en una sociedad donde los antagonismos son profundos y el poder se siente amenazado.

Davies cree que los chistes políticos son parte de la protesta, si bien limitados por las circunstancias. Su papel en el conflicto es el de estimularlo, «no son la espada sino una decoración atractiva sobre la vaina», «la punta del iceberg del descontento», «un termómetro mejor que un termostato», en suma, un indicador de lo que ocurre en el seno de una comunidad. En el caso de los países del Este sometidos al control de la URSS, piensa que actuaron como una «protesta interina», entre dos «oportunidades vigorosas», y parafraseando a Clausewitz, «al menos aquí los chistes han sido la continuación de la protesta por otros medios».¹⁵

4. NUESTRA COLECCIÓN

En el trabajo de campo sobre la narrativa oral tradicional que venimos realizando desde 1994 en varios municipios de la región de Murcia, los prejuicios a los que aludía anteriormente han hecho que las historietas referidas al hombre que rigió los destinos de España durante cuarenta años se hayan deslizado sin premeditación. La pequeña colección que aporto no es, pues, fruto de una encuesta planteada exprofeso, excepto por lo que hace a los ejemplares que he incorporado últimamente, cuando ya tenía el objetivo de realizar este artículo. De mis pesquisas más recientes concluyo que el ciclo está bien vivo en la conciencia de la gente de más de cincuenta años a la que no le cuesta demasiado evocar un chiste de Franco cuando se le pregunta al respecto.

(1) Todo es verde en Badajoz (Yecla)

Va Franco a hacer una visita a Badajoz, a un pueblo, y claro, cuando ya sube al balcón dice:

–Ahora que estoy yo aquí quiero que me pidáis cualquier cosa que al pueblo le haga falta, que será concedida.

Y dice el pueblo desde abajo, en la plaza:

–Aquí lo que queremos es que nos traigan agua de *ande* sea, algún canal o de pozo de sondeo, queremos agua, porque aquí hay una sequía fatal que aquí no se cría *na*.

Y dice Franco:

–Pero hombre, cómo *m'estáis* pidiendo eso si dos o tres kilómetros antes de entrar aquí he visto todo verde, una hermosura, todo verde.

15 C. DAVIES: «Jokes under Communism», en *Humour and Social Protest*, Cambridge University Press 2008, pp. 291-305.

Y el que estaba a *lao* de Franco le estiraba la manga de la chaqueta, dice:

–Su excelencia, que eran guardias civiles.

Narrado por Juan Ibáñez Jiménez, podemos compararlo con la versión que reproduce PGarcía.¹⁶ Aquí se contextualiza el episodio en un viaje oficial del Generalísimo que discurre a través de la meseta castellana. La reflexión de Franco a propósito de la extensión del verde le lleva a vincularlo a los cambios producidos gracias a la ejecución de sus programas de repoblación forestal y quien corrige su percepción es su esposa, que le advierte de que el color es el de los uniformes de los guardias que persiguen al famoso delincuente «El Lute». En cualquier caso, ambas versiones aluden a la distorsión de la realidad que experimenta el gobernante, empeñado en ajustarla con una visión que le concilie con la convicción que él mismo tiene del carácter providencial de su gestión. El divorcio entre Franco y lo objetivo viene subrayado por el hecho de que sea una persona de su entorno quien le corrija, y no un miembro de la oposición.

(2) Conejos para Franco (Morata –Lorca–)

Le mandaban muchos paquetes a Franco y le mandan uno con tres conejos, uno *mu gordo mu gordo*, otro *mu seco mu seco* y otro *tuerto*, y no sabían la explicación que tenía aquello. Dice uno:

–Esto un preso *pue* saber esto.

Pues *na*, llaman a un preso, dice Franco:

–Si me dices lo que es esto y llevas razón te pongo en *libertá*.

Y el preso dice:

–Mañana vengo y te lo digo.

Pues *na*, viene a otro día, dice:

–Mire *usté*, ese *mu seco, mu seco, mu seco* es el pueblo, que *usté* lo tiene muerto de hambre. Y ese *gordo, gordo, gordo* son ustedes que están hartos de comer, y ese *tuerto* es *usté* que no ve *na*.

Narrado por Miguel Soto Acosta, guarda relación con el que recoge P García, al que titula «Los Trillizos»,¹⁷ en el que un legionario entusiasta de Franco bautiza a sus hijos con los nombres de España, Falange y Franco y el dictador los apadrina; al tiempo el padrino se interesa por sus ahijados y el legionario le informa de que, en ese momento, España está llorando, Falange mamando y Franco durmiendo. Se trata de un relato más sapiencial que humorístico que, con seguridad, hunde sus raíces en la tradición medieval y acaso clásica, especialmente en la

16 PGARCÍA: *Op. cit.* pp. 77-78.

17 PGARCÍA: *Op. cit.* p. 68.

forma que presenta el relato lorquino.¹⁸ Como el José bíblico, el preso consigue su libertad desvelando el sentido del singular regalo y, por otra parte, al hacerlo arroja la culpa de los entuertos que sufre el país y que padece la población sobre los colaboradores, las jerarquías arribistas, los verdaderos responsables directos de los desmanes, identificados en un caso con una formación política, Falange, y en otro con un indeterminado «ustedes» que incluye al propio Franco pero al que finalmente exonera porque en el desenlace, la ceguera que le atribuye implica que el Caudillo no participa, lo que en el fondo equivale a defender su inocencia. En rigor el dictador es culpable solamente, en este chiste, de su falta de celo al vigilar a los poderosos, su complicidad no es deliberada sino resultado de una negligencia que puede ser corregida y no le inhabilita moralmente, siempre que reaccione a la revelación del denunciante. De hecho lo que el argumento reclama es el restablecimiento del hombre íntegro, del héroe que, en su plenitud, es incompatible con los mezquinos intereses de los cargos venales que se han aprovechado de su debilidad. Un discurso admonitorio de esta naturaleza no se dirige al gobernante si quien lo esgrime ha perdido la esperanza en su posible regeneración, y tampoco si tiene de ese poder un concepto intrínsecamente negativo.

(3) La moneda (Cehegín)

Le presentan a Franco la moneda de veinte duros de plata, la nueva, cuando se hace, y entonces le dicen:

—¡Qué preciosa moneda, atiende qué bien sale por aquí, y el escudo!

Y le dice uno:

—La moneda está hermosísima, si no fuera por los bordes que la rodean.

Narrado por Francisco Peñalver Aroca, se trata otra vez de una variante de uno de los chistes de la colección de PGarcía,¹⁹ que contiene también una interpretación distinta del modelo político franquista, metafóricamente representado por la moneda; el argumento que reproduce García tiene como protagonista a un ciego que debe separar las pesetas acuñadas con el rostro de Franco de las que no llevan su efigie, tarea que resuelve con facilidad porque, según explica el invidente, puede distinguir las del Caudillo gracias al tacto de una cara muy dura rodea-

18 En el *Semanario Pintoresco Español*, Tomo 1, p. 111, (Madrid 1843), sección Miscelánea, apareció publicado este breve relato: «Un príncipe vio en sueños tres ratones, uno gordo, otro flaco y otro ciego. Llamó a una gitana de mucha fama en explicar sueños y le pidió que le aclarase aquel. El ratón gordo, contestó la gitana, es vuestro primer ministro; el flaco es vuestro pueblo; y en cuanto al ciego, ese sois vos».

19 *Ibid.* pp. 70-71.

da de bordes. Frente a la condena absoluta que se manifiesta con ese argumento del sistema y de todos los que detentan el poder, sin excepciones, el paralelo de Cehegín emplea dos adjetivos contundentes, preciosa y hermosísima, para referirse a la «moneda», un derroche de epítetos en un cuentecillo de escueto desarrollo. Se entiende, por tanto, que con esta formulación el chiste confiesa el aprecio por el modelo y por quien lo encarna y recurre también a un viejo tópico de la caracterización positiva del poder autocrático que observábamos en el chiste de los conejos: el soberano es impecable, como lo es la estructura concebida para que ejerza su autoridad, pero siempre existe un flanco débil abierto por las otras jerarquías, susceptibles, ellas sí, de ser falibles a propósito, si hablamos de corrupción, o de serlo sin premeditación, si hablamos de incompetencia.

(4) El premio en calderilla (Cuesta Blanca –Cartagena–)

Se fue Franco a Sevilla y *s'encuentra* con una gitana, *dise*:

–¡Venga, échale una *maldisión* a Franco!

–¡Huy, quite *usté*, a Franco! ¡Cualquiera se mete con Franco!

–¡Échele una *maldisión*!

–¡Venga, pues hijo, que te toquen las *sinco* series,²⁰ te lo paguen en calderilla, te lo cuelguen a los cojones y te paseen por *to* Sevilla!

(4a) El premio en calderilla (El Sabinar –Moratalla–)

Iba una gitana por la calle pidiendo, con la mano a ver, y se *trompezó* con Franco y Franco le dijo:

–¡Vaya, siempre estáis pidiendo! Si *m'echas* una maldición que me guste te voy a dar una *güena* limosna.

Y dice la maldición:

–Dios quiera que le caiga el gordo en calderilla, que se lo aten en los *güevos* y lo paseen por Sevilla.

Narrados respectivamente por Josefa Marín Hernández y por Antonia García Mellinas, se trata de uno de esos argumentos tradicionales reaprovechados que pertenece a un ciclo muy bien representado en nuestras colecciones de Cartagena y Lorca,²¹ compuesto por chistecillos normalmente protagonizados por un despótico guardia civil anónimo que exige a una gitana que le arroje una maldición, tema que evoca a su vez el clásico del curioso impertinente y que sirve para poner

20 De la lotería.

21 A. J. SÁNCHEZ FERRA: (Cartagena) *Op. cit.*: núm. 404 a 408; (Lorca) *Op. cit.*: núm. 477 a 480.

de manifiesto la necesidad del provocador. Ejemplares que tienen como protagonista al guardia innominado son el que reproduce J. Asensio en su colección de cuentos de La Rioja,²² y dos de las versiones que hemos recogido en la región de Murcia.²³ Pero la sustitución del guardia civil por Franco tuvo fortuna y probablemente circuló por buena parte del país, como parece indicar que a los ejemplares murcianos que presentamos podamos añadir el extremeño de J. Rodríguez Pastor.²⁴

(5) No es de Franco (Yecla)

Está la hija de Franco novia con el de Villaverde este, una noche ya se van de retiro los *amigo* y ya dice:

–Hale, *pos vámono* que ya son las dos de la mañana.

–¡Oye, espérate que te vamos a contar el último chiste que se dice por *Madri!*

–No, no *m'espero* porque ya sé que va a ser de mi suegro –dice a los amigos.

–¡No, no, hombre, espérate hombre que te lo vamos a contar!

–¿*Pos* qué se dice por *Madri?*

–*Pos* se dice que tu suegra, doña Carmen Collares, *qu'está embarazá.*

–¿Lo ves como sabía yo que iba a ser de mi suegro?

–¡Que no, que no es de tu suegro!

Narrado por Juan Ibáñez Jiménez, existe una versión sinóptica en PGarcía, que suprime al yerno y donde el papel de la esposa es reemplazado por una doncella que atiende al Caudillo y se queda embarazada.²⁵ En el folklore la caracterización del arquetipo del tirano no se contenta con la degradación de las facultades que corresponden al ámbito profesional, las intelectuales, militares y políticas, sino que se completa con la minusvalorización en todos los terrenos y particularmente, tratándose de un varón, en el de la sexualidad, donde o bien se pone de relieve su incompetencia, o bien se cuestiona su masculinidad, o ambas cosas. Sin embargo García cree que «el perfil erótico» de Franco no interesó en exceso a los españoles, lo que resulta muy llamativo, habida cuenta de que en el personaje se manifestaban rasgos, en los ademanes y en la voz, que podían haber alimentado la producción de chistes al respecto pero que, al parecer, no proliferaron.

22 J. ASENSIO: *Cuentos riojanos de tradición oral*, Gobierno de La Rioja, Logroño, 2002, p. 139.

23 Para el de Cartagena, A. J. SÁNCHEZ FERRA: *Op. cit.*, nº 409a, y el de Lorca en A. J. SÁNCHEZ FERRA, *Op. cit.*, nº 477.

24 J. RODRÍGUEZ PASTOR: *Cuentos extremeños Obscenos y Anticlericales*, Diputación de Badajoz, 2001, núm. 29.

25 PGARCÍA: *Op. cit.*, pp. 102-103.

(6) Tres colgados y el mundo arreglado (Yecla)

Ese cómico, *Rampe*,²⁶ se va a hacer una mudanza y tiene allí un *baú*, coge la ropa, *to* lo que tenía, *tos* los enseres, y después pues resulta que tres cuadros allí que el baúl no había forma de cerrarlo, se subía encima y no lo podía *cerrá*. Y el baúl se le llama el mundo,²⁷ un baúl grande, y los tres cuadros aquellos pues era uno Primo de Rivera, el otro era Franco y el otro, otro generalote. Coge, como no puede cerrar el *baú* los coge y los cuelga; va al baúl, lo cierra, dice:

—¡Qué sencillo, tres *colgao* y el mundo *arreglao*!

Narrado por Juan Ibáñez Jiménez. Cardona recoge una variante del mismo argumento, protagonizada también por Ramper. En ella, el ayudante del cómico extrae de una caja los retratos de estadistas extranjeros, Churchill, Stalin y Roosevelt, y los cuelga en la pared; aparece entonces el del Generalísimo forzando el comentario chusco de Ramper: «A éste tenías que haberlo colgado el primero».²⁸

(7) El ataúd para Franco (Cehegín)

Se muere Franco y va Doña Carmen, pues con *tos* los líos del entierro, dice:

—Llama al de la funeraria que tenemos que encargar el ataúd.

Pos na, pos dice:

—*Pos* dame un ataúd como el de José Antonio Primo de Rivera.

Y le dice el de la funeraria:

—Como el de José Antonio no.

—¿Por qué no?

—Porque José Antonio fue fundador.

—Ah. Bueno, *pos* como el de el general Mola.

—No, el general Mola no que fue veterano.

—¡*Pos* bueno, *pos* como el de Alfonso XIII —que estaba recién muerto.

26 Ramón Álvarez Escudero (Madrid 1892, Sevilla 1952), Ramper. En ALBERTO'S BLOG (<https://alberto.wordpress.com>) leemos que fue un «personaje muy popular durante la Guerra Civil española por todos los chistes que le atribuían», pero pese a lo que se sugiere en el chiste, al parecer «después de esta no tuvo problemas con los vencedores y el homenaje que le tributó el pueblo de Madrid después de su muerte fue muy popular, contándose entre los asistentes grandes figuras de las artes y personalidades políticas». También Cardona describe a Ramper como objeto de la mitificación popular que le convirtió en agudo azote de los hombres del poder, de todo signo, y protagonista de episodios que nunca tuvieron lugar (*Op. cit.* pp. 18-20).

27 Efectivamente, el DRAE recoge el concepto baúl mundo, «el grande y de mucho fondo».

28 G. CARDONA: *Op. cit.*, p. 20.

–No, como Alfonso XIII no porque fue soberano.

–¡No me *joas*! ¿Pues es que mi Paquico era anís del mono?²⁹

Narrado por Francisco Peñalver Aroca, el juego de ingenio basado en marcas populares de licores no solamente fue del gusto del público sino que excitó la creatividad de los narradores, a juzgar por las variantes que conocemos. En la versión que reproduce Cardona es la viuda del general Agustín Muñoz Grandes la que reclama a Franco que su esposo sea enterrado en el Escorial y este le deniega la petición argumentando que para hacerlo en tan venerable lugar no basta con ser *veterano*, si no se es *soberano* o, como José Antonio, el *fundador* de Falange. A esto protesta la viuda y exclama: «¿Qué crees que era mi marido, un coñac de garrafa?».³⁰

La variante que recoge PGarcía sustituye la polémica entre la viuda y su oponente por las quejas del fabricante de licores que lamenta la publicidad que supondría para las marcas de la competencia el funeral del Caudillo: en el Valle, donde estaba ya el *fundador*, sería enterrado el *veterano* y al sepelio asistiría el *soberano*, sin que en este evento, que así les proporcionaba a estas tan extraordinaria como barata promoción, pudiera encajar una referencia a Anís del Mono.³¹

Pero es la versión ceheginera la que está más cargada de crítica demoledora. Las propuestas de doña Carmen conducen inexorablemente a la comparación de Franco con otros personajes históricos relevantes que siempre se le imponen: Franco no merece el féretro de José Antonio, el fundador de Falange, con lo que se niega al dictador la condición de político y líder carismático que tuvo Primo de Rivera; por otro lado, se cuestionan sus virtudes militares al rechazar que pueda enterrarse en una caja como la de Emilio Mola y, por último, al negarle la opción del ataúd similar al de Alfonso XIII se remarca la ausencia de legitimidad dinástica para sustentar su autoridad. Pero además, las objeciones formuladas por el empleo de la funeraria contraponen al Caudillo con figuras que forman parte del mismo espacio conservador al que pertenece, con lo que el sentido del chistecillo es aún más disolvente porque aúna la desvalorización del personaje con la maniobra política de enfrentarlo a los representantes de los pilares ideológicos y sociales que apoyan su régimen: falangistas, militares y monárquicos.

29 El ingenioso juego de palabras, con alusión a marcas de bebidas alcohólicas (Fundador, Veterano, Soberano –lo eran de coñac–), liga el argumento con un marco cronológico concreto. Por otro lado, el anacronismo que supone hacer coincidir la fecha de la muerte de Franco con la de Alfonso XIII, es probablemente un error deliberado que seguramente permite precisar aún más el momento de la génesis de este chiste.

30 G. CARDONA: *Op. cit.*, pp. 181-182.

31 PGARCÍA: *Op. cit.* p.134.

(8) El jardinero y don Claudio (Mula)

Un jardinero gallego que llega al Pardo a pedir trabajo y lo contratan de jardinero. Entonces *tos* los días salía Franco a darse una vuelta por los jardines a ver las rosaledas y cuando pasaba cerca del jardinero, el jardinero lo saludaba:

–¡Buenos días, don Claudio!

–¡Buenas tardes, don Claudio!

Así un día tras otro, hasta que Franco se hincha, dice:

–¡Bueno, vamos a ver, este tío, *to* el mundo sabe quién soy yo menos este hombre que me dice Claudio, ya está bien! –Se para, dice: –Vamos a ver, buen hombre, ¿por qué me llama *usté tos* los días a mí don Claudio?

–Hombre, porque llamarle Claudillo, yo no tengo confianza *pa* eso.

Narrado por Alonso Sánchez Romero, G. Cardona, recoge una versión que traslada el argumento al contexto de una cacería en la que Franco se desorienta y encuentra refugio en la casa de un pastor que una y otra vez se dirige a él llamándole *Claudillo*.³² Ambos difieren notablemente del ejemplar reproducido por PGarcía en el que los protagonistas son una pareja de entusiastas franquistas que bautizan a su hijo con el nombre de Claudio movidos por la satisfacción que les reportará el poder llamarle *Claudillo* mientras sea niño.³³

(9) La bomba de agua (Yecla)

En otra ocasión estaban esperando que llegara Franco al ayuntamiento a hacer su discurso, y a esto que un hombrecico ya mayor venía con una saca de arpillera al hombro y, claro, allí estaba aquello de policía, ya ves, iba a llegar Franco. Enseguida al hombrecico que llevaba la saca le ponen la pistola en el pecho:

–¿Qué lleva *usté* en la saca?

Y dice el hombre:

–¡Agua, agua, agua!

–¡Pero hombre, pero qué cachondeo es este! ¿Agua en una saca de arpillera, agua en una saca de arpillera?

–No, una bomba de agua.

–¿Y empieza *usté* a decir agua?

–Es que si digo bomba ya no termino de decir agua.

Narrado por Juan Ibáñez Jiménez, es una versión de otro de los chistes de la colección de PGarcía, «El centinela»,³⁴ cuya acción transcurre en las inmediaciones del palacio del Pardo y que describe la atmósfera de tensión que siempre envuelve

32 G. CARDONA: *Op. cit.*, pp. 47-48.

33 PGARCÍA: *Op. cit.* p. 69.

34 *Ibid.* p. 124.

al tirano, aislado a perpetuidad por una sensación de amenaza constante que le obliga a rodearse de todo tipo de precauciones. Este tópico es indispensable que aparezca en la construcción del arquetipo del dictador que ha alcanzado el poder conquistándolo frente a la resistencia de una parte sustancial del colectivo social, y al que impone su autoridad con el empleo continuado de instrumentos coercitivos. Se trata, evidentemente, de un argumento cuyo trasfondo es el dibujo de alguno de los rasgos que caracterizan el clima de relación entre gobierno y gobernados en un modelo político autocrático, la desconfianza y la represión violenta.

(10) Gestos justificados (Isla Plana –Cartagena–)

Una vez, en los años aquellos que había colas *pa to*, pasa uno por la calle y había una mujer en el balcón y enseñándole la palma de la mano se la llevó al sexo y al culo. Y *pasa entonses* las autoridades y como le reprendieron, dice:

–¡No, no, yo le estoy diciendo a mi mujer que a las *sinco*, *moniatos* por cola!

(10a) Gestos justificados (Isla Plana –Cartagena–)

Era cuando sabes que estaba el «Cara al sol» y teníamos que poner *paraos to* el mundo y cantar el «Cara al sol con la camisa nueva»; y *entonses pos* en aquellos tiempos la *polisía* estaba muy *esturrea*, conque terminó el hombre ese la canción, *hiso* así (extendió el brazo y la mano con el saludo fascista y luego se la llevó al sexo) y la *polisía l'echó* mano, *dise*:

–¿Pero *qu'está* *usté* *hasiendo*?

–¿Yo? ¿Qué he hecho yo?

–¡Está *usté* sacando burla de Franco!

–Yo, no señor.

–¿Y qué es lo *qu'está* *usté* *hasiendo*?

–¿*Usté* ha visto aquel balcón? ¿No hay allí una señora? *Pos l'e* dicho que a las *sinco* la espero en la cola de los *güevos*.

Narrados respectivamente por Asensio Arroyo Martínez y por María Sánchez Hernández, podemos considerar este argumento como una variante de ATU 924,³⁵ la discusión con el lenguaje de signos de la que es ilustrativa la versión literaria medieval de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, que aparece en su *Libro de buen amor*.³⁶ Hay publicado un paralelo recogido probablemente en Fuente Álamo de

35 Acróstico de Aarne, Thompson, Uther, autores de la indispensable obra a la que hemos aludido en las primeras líneas de este trabajo, *The Types of International Folktales* de cuya última edición es responsable Hans-Jörg Uther, Suomalainen Tiede Akatemia & Academia Scientiarum Fennica, Helsinki 2004.

36 Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, *Libro de buen amor*, edición de Alberto Blecua para Ed. Cátedra, Madrid 2001, «La disputación que los griegos e los romanos en uno ovieron», pp. 21-25.

Albacete por F. R. López Megías y M^a. J. Ortiz López³⁷ en el que no existe trasfondo político, lo que seguramente indica que el relato tiene raíces antiguas y ha sido reciclado en las versiones cartageneras para adecuarlo a una función crítica.

Sin embargo, estos ejemplares así contruidos, como en el relato que les precede, denuncian el modelo de estado policial en el que la autoridad recela siempre del ciudadano, del que desconfía por naturaleza. Pero también hay una clara alusión a los efectos de la política económica de la posguerra y a la incapacidad del régimen para resolver los problemas de abastecimiento de la población, y este testimonio tal vez pueda considerarse como prueba de que hubo chistes críticos incluso en una fase temprana del franquismo, que corresponde al momento duro de medidas drásticas que Davies llama «era del terror», puesto que no habría tenido sentido componerlos una vez desaparecida la coyuntura de las colas de racionamiento y del mercado negro. Y advierte también, como señalaba anteriormente, que acaso es inexacta la estimación de García al negar que hubiera chistes políticos en la España de la época,³⁸ idea que confirma C. Davies, quizás basando sus aseveraciones en el trabajo del español, al que cita. Davies afirma que España compartió con los países comunistas algunos de los chistes propios de lo que llama «etapas de opresión rutinaria», y se refiere en particular a los argumentos sobre gobernantes seniles o incapaces, pero que los chistes hispanos carecieron de la complejidad crítica que caracterizó a aquellos que se desarrollaron bajo el comunismo soviético y se ocuparon tan solo de burlarse del Caudillo y esto, cree Davies, porque el régimen de Franco nunca tuvo la vocación revolucionaria del soviético y su pretensión de transformar completamente el mundo contando con la colaboración entusiasta de los gobernados.³⁹

5. ARGUMENTOS «DE QUITA Y PON»

Los relatos atribuidos a Franco no eran, en su mayoría, argumentos originales creados exprefeso para el personaje y no es difícil comprobar como alguno de los que se le atribuyeron había sustituido un protagonista por otro de características similares. Así pasa con el episodio del supuesto accidente sufrido por Franco en El Ferrol, al que sobrevive gracias a la intervención de un pescador que, cuando el caudillo le revela su identidad y le ofrece una recompensa, le pide tan solo que no divulgue que fue él quien lo rescató;⁴⁰ este es un chis-

37 F. R. LÓPEZ MEGÍAS y M^a. J. ORTIZ LÓPEZ: *Etno-escatologión*, 1999: núm. 228.

38 PGARCÍA: *Op. cit.*, p. 29.

39 C. DAVIES: *Op. cit.*, 296-297.

40 PGARCÍA: *Op. cit.*, p. 30 y otra versión del mismo argumento en p.108.

te del que Pierre Daninos reproduce una versión atribuida a Stalin y señala que también se contó de Hitler.⁴¹

Igualmente ocurre con la historieta que recoge PGarcía: Franco advierte el extravío de su cartera apenas concluido un consejo de ministros y pide al ministro de la Gobernación que interroge al respecto al resto de los miembros del gabinete; luego la recupera e informa a Gobernación para que interrumpan las pesquisas, y el ministro entonces le expone la incomodidad que le provoca esta noticia ya que a esas alturas todos sus compañeros, uno por uno, habían confesado la sustracción de la valija.⁴² La misma historieta está protagonizada por el jefe de la policía política de Stalin, Beria, en la versión que refiere P. Daninos.⁴³

Como conviene en la lógica y en la mecánica de la oralidad, las biografías folclóricas de los tiranos se componen con estas «perícopas». Así, por ejemplo, Antoine Schmit, en su reflexión sobre el humor portugués se hace eco de la consideración de hombre avaricioso en que se tenía al dictador Salazar y al respecto reproduce esta supuesta anécdota:

«Se cuenta también que un día Salazar había invitado a algunos amigos a almorzar diciéndoles que habría un pavo. Los amigos, acostumbrados a la austeridad del jefe del Estado, se sorprendieron ante la idea de una buena comida en su mesa.

Se sirve la comida. Es, como de costumbre, muy sencilla. Llega el postre; ni huellas del pavo hasta ahora. Justamente antes de dejar la mesa, Salazar llama a la camarera y le dice:

—Traiga el pavo.

Y se ve aparecer un pavo vivito y coleando que da vueltas alrededor de la mesa picoteando las migas».⁴⁴

En realidad se trata de un viejo argumento folclórico del que tenemos versiones recogidas en Cartagena y Lorca⁴⁵ y que sirve para reforzar el arquetipo del personaje, que es la dimensión en la que la mentalidad popular concibe lo que es determinante y trascendente.

Así mismo, muchos de los materiales que nutren el repertorio del Caudillo aparecen en una colección de 87 chistes que tienen a Pinochet⁴⁶ y a sus colaboradores más próximos como protagonistas: es el caso del número 7 en el que tres

41 Pierre DANINOS: *La vuelta al mundo de la risa*, Ed. Taurus, Madrid 1956, p. 121

42 PGARCÍA: *Op. cit.*, p. 30.

43 P. DANINOS: *Op. cit.* p. 161.

44 *Ibid.* p. 106.

45 A. J. SÁNCHEZ FERRA: «El Cuento folclórico en Cartagena», *Revista Murciana de Antropología* 17, 2010: núm. 465; «El Cuento folclórico en Lorca», *Revista Murciana de Antropología* 21, 2014 (2016): núm. 549.

46 <http://chile.rec.humor.narkive.com/7S9Ep9F5/chistes-de-pinochet-documento-historico>. (Consultado: 7 de mayo de 2016, 21:00).

lugartenientes de Pinochet (Mendoza,⁴⁷ Mathei⁴⁸ y Merino⁴⁹) acompañan al dictador en un vuelo. Haciendo alarde de una generosidad por la que se van superando sucesivamente, los cuatro militares arrojan cierta cantidad de dinero al tiempo que expresan la voluntad de contribuir a la felicidad de algunos chilenos. Finalmente el piloto propone que se tiren ellos y así serán felices todos los chilenos. De este chiste descubrimos una versión en el libro de PGarcía en la que la iniciativa de Franco de tirar por la ventanilla del avión un billete de cien pesetas parece mezquina a su esposa y a su hija, que lo animan sucesivamente para que sea mayor el donativo y mayor el número de beneficiarios del gesto.⁵⁰

También el número 46 es una versión chilena de un argumento que se refirió a Franco. Pinochet, ante la grave crisis económica que aqueja al país, propone a su ministro de economía una drástica solución, declarar la guerra a EE.UU. con la esperanza de que una vez perdida, la gran potencia ofrecería una ingente ayuda para la recuperación del país, pero el ministro objeta que acaso podrían ganarla. En España, una versión de este chiste recogida en la colección de P. García hace responsable se la sugerencia a José Solís,⁵¹ en tanto que la que reproduce G. Cardona se la atribuye a Joaquín Benjumea.⁵² En ambos casos es el Caudillo quien plantea la delirante posibilidad de salir victorioso del conflicto con los americanos.

6. CONCLUSIONES

La idea que tengo del folclorista es la de alguien cuya tarea consiste en recopilar la oralidad para convertirla en fuentes y cuyo deber es editarla con el mayor rigor posible para que estos documentos puedan ser utilizados provechosamente por otras disciplinas de las ciencias humanas, desde la Antropología Cultural a la

47 Cesar Mendoza Durán, General Director de Carabineros, miembro de la Junta Militar desde 1973 hasta 1985; en los chistes de esta colección aparece invariablemente en el papel de tonto.

48 Fernando Jorge Mathei Ausbel, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile, miembro de la Junta desde el 24 de agosto de 1978, sustituyendo a Gustavo Leigh.

49 José Toribio Merino Castro, Almirante de la Armada de Chile, miembro de la Junta desde 1973 hasta 1970, caracterizado en los chistes como borracho.

50 PGARCÍA, *Op. cit.* pp. 106-107; versión muy similar, con los mismos protagonistas excepto por la ausencia de la hija del Generalísimo en G. Cardona, *Cuando nos reíamos de miedo*, Ed, Destino, Madrid 2010, p. 49.

51 *Ibid.* p. 99. José Solís Ruiz fue Delegado Nacional de Sindicatos en 1951 y desde 1957 hasta 1969 Ministro Secretario General del Movimiento, cargo que volvió a ostentar en 1975.

52 G. CARDONA: *Op. cit.* pp. 97-98. Joaquín Benjumea Burín fue ministro de Hacienda en los primeros gobiernos del general Franco, concretamente desde el 20 de mayo de 1941 hasta el 3 de septiembre de 1942.

Psicología, pasando por la Historia. El saber popular que se genera continuamente y que se difunde de boca a oreja exige que los que pretendemos inventariarlo y hacerlo accesible a otros especialistas destierremos prejuicios que condicionan el planteamiento y la ejecución del trabajo de campo.

El chiste, como he intentado formular en este artículo, es ante todo un producto cultural relacionado con el contexto socio-histórico que lo genera, un hecho social que actúa como indicador del nivel de trascendencia que alcanzan algunos fenómenos que afectan a una comunidad, ya sean hechos, personajes, instituciones o relaciones sociales. Es preciso entender que los repertorios de narrativa folclórica que maneja un grupo determinado en un momento concreto son también resultado de la evolución histórica de ese colectivo y se componen de materiales incorporados en diferentes períodos, en tanto que desaparecen otros relacionados con coyunturas decadentes o extinguidas y algunos sobreviven o se adaptan a las nuevas contingencias. Los repertorios son dinámicos y se interrelacionan con su contexto. Comprender el fenómeno de la narrativa oral, y en particular el sentido del relato humorístico, supone caer en la cuenta de su condición de herramienta colectiva multifuncional que combina el carácter lúdico con la transmisión de valores, al tiempo que fija los temas relevantes que perturban al grupo y genera identidad colectiva, y verificar como el repertorio consigue todo esto y en qué medida lo hace solo es posible con presupuestos en el trabajo de campo del folclorista que conjuguen la pretensión arqueológica de documentar la pervivencia de los tipos tradicionales con la histórica y sociológica de constatar el fenómeno en su conjunto, sin excepciones, y vincularlo al marco espacio temporal al que pertenece y explica y por el que puede ser explicado.

Los ciclos coyunturales deben ser objetivo también del trabajo de campo. El profesor Davies habla de la clandestina dedicación del filólogo estonio Jüri Viikberg que, entre 1960 y 1986, recopiló 4000 chistes antisoviéticos, y de los archivos policiales de la NKVD o de la KGB que contienen miles de documentos entonces subversivos, entre los que se encuentran, naturalmente, los chistes anti-comunistas.⁵³ Nada parecido existe en nuestro país respecto a los chistes de Franco y del Franquismo, aunque afortunadamente algunos investigadores se hayan ocupado del tema y dispongamos de los repertorios que hemos examinado previamente, pero en la medida en la que aún estemos a tiempo, no creo que debamos conformarnos con el excelente trabajo de PGarcía o las aportaciones de Cardona. Las versiones que incluyo permiten observar nuevas manifestaciones de la estrategia de adaptar argumentos folclóricos preexistentes para reconvertirlos

53 C. DAVIES: *Op. cit.*, p. 292-293, califica a los archivos del KGB como «la mejor fuente de datos etnográficos sobre el folclore humorístico antisoviético».

en narraciones de un ciclo distinto. Algunas de las variantes sobre los ejemplares de PGarcía y G. Cardona permiten relecturas del mismo chiste con otros significados y, por último, los dos ejemplares que cierran el repertorio describen, con brevedad y eficacia, rasgos del Estado policial de los primeros tiempos de la dictadura que revelan la existencia de un material que iba más allá de la caracterización cómica del dictador para ocuparse de censurar aspectos del régimen; un material cuya dimensión nos es desconocida porque no ha habido una investigación sistemática que lo registrara pero que, como poco, puede matizar la contundencia de algunas afirmaciones de los especialistas respecto al alcance de los chistes sobre Franco y el Franquismo.

